

## RESEÑA

Javier RODRÍGUEZ PIÑA: *La guerra de castas. La venta de indio mayas a Cuba, 1848-1861*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, 196 pp. ISBN 968-29-2818-4

Si tomamos en cuenta que la llamada guerra de castas de Yucatán (1847-1904) fue un acontecimiento decisivo en la historia decimonónica de nuestro país, debemos reconocer cuán poco realmente se ha investigado y escrito sobre ella. Se trata de un suceso de importancia en el nivel nacional, ya que la parte oriental de la península de Yucatán, en poder de los mayas durante poco más de cincuenta años, fue la última frontera del país no controlada por el Estado mexicano, el último obstáculo para la integración de México como nación y el pretexto para controlar política y económicamente la región y doblegar a Yucatán, atándolo definitivamente al país.

Es cierto que existen varios libros de carácter general acerca del levantamiento maya, así como estudios específicos sobre temas más especializados —como serían los rebeldes cruzoob, los sublevados pacíficos, las relaciones entre ellos y con los colonos beliceños.<sup>1</sup> No obstante, muy poco se ha investigado en profundidad

<sup>1</sup> Existen varias bibliografías acerca del tema de la guerra de castas de Yucatán, entre las que destacan las siguientes: Lorena CAREAGA VILIESID, *Bibliografía general de Quintana Roo*. Chetumal: Fondo de Fomento Editorial del Gobierno del Estado de Quintana Roo, 1979, 184 pp. y “Bibliografía comentada de Quintana Roo”, en *Secuencia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 9, 1987, pp. 42-80; HOVARD F. CLINE: “Remarks on a Selected Bibliography of the Caste War and allied topics”, en *The Maya of East Central Quintana Roo*, de Alfonso VILLA ROJAS, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, publication 559, appendix C., 1945, pp. 165-178 (publicado en español como *Los elegidos de Dios*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1978); PENICHE

sobre esta guerra y desde enfoques novedosos, y mucho menos acerca de las implicaciones y ramificaciones diversas que tuvo y que siguen constituyendo enormes lagunas.

Desde esta perspectiva, la obra de Javier Rodríguez Piña, *La guerra de castas. La venta de indios mayas a Cuba, 1848-1861* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990) es una contribución relevante a la historiografía yucateca del siglo XIX, pues abunda precisamente en una de estas ramificaciones emanadas de la guerra y nos permite apreciar en toda su crueldad y sordidez lo que fue el tráfico de indios mayas a Cuba, justamente calificado de infame y vergonzoso por el yucateco Carlos R. Menéndez.<sup>2</sup>

Además de los historiadores peninsulares del siglo pasado que abordaron el tema desde su particular punto de vista, la cuestión ha sido trabajada, en la actualidad, por el ya mencionado Carlos R. Menéndez, por Moisés González Navarro y ahora por Javier Rodríguez Piña. Probablemente, su mayor aporte historiográfico sea el de conjuntar el material presentado por los dos primeros autores señalados, ampliarlo con documentación de archivos mexicanos y hemerografía y darle un orden que nos permite entender, de manera muy clara, el desarrollo del comercio de indios mayas, el papel desempeñado por cada uno de los participantes, los intereses económicos que se movían en Yucatán, Cuba y la ciudad de México, y la ideología que justificaba tanto la reglamentación como las acciones concretas que hicieron posible, durante 13 años, la existencia de este tráfico. Asimismo, la manera en que la obra está organizada nos lleva a comprender los alcances que tuvo este hecho histórico, ya que rebasó las fronteras de la región peninsular, involucrando no solamente a Cuba sino también a los gobiernos español, inglés y mexicano.

El libro consta de cuatro grandes capítulos y un epílogo, además de dos anexos documentales. La síntesis rápida, pero muy acuciosa y completa, que Javier Rodríguez Piña nos presenta acerca de la situación de Yucatán a mediados del siglo XIX y el estallido de la guerra de castas, en julio de 1847, nos pone inmedia-

---

VALLADO, *Promotores e historiadores de la rebelión maya de 1847 en Yucatán (constancia crítica)*. Mérida: Fondo Editorial de Yucatán, 1980, 317 pp., y GÜÉMEZ *et al.*, *Bibliografía comentada sobre la cuestión étnica y la guerra de castas de Yucatán, 1821-1910*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán, 1986.

<sup>2</sup> MENÉNDEZ, *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios, vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos desde 1847 a 1861. Justificación de la revolución indígena de 1847. Documentos irrefutables que lo comprueban*. Mérida: Talleres Gráficos de la Revista de Yucatán, 1923.

tamente en conocimiento del escenario en el que va a surgir la trata de indios mayas. Me pareció un excelente resumen de los antecedentes que llevaron al gobierno yucateco a decretar la expulsión de los rebeldes y luego su expatriación a la isla de Cuba, ya que se abordan las causas fundamentales que dieron origen a la sublevación maya. La yucateca, como bien apunta el autor, no era una sociedad homogénea, ni con respecto a sus tendencias políticas, ni en cuanto a su economía, mucho menos por lo que se refiere a las relaciones sociales entre el grupo blanco o yucateco, detentador del poder, y el grupo indígena, tanto el sometido desde la colonia, como el que veía sus medios de subsistencia y su libertad amenazados por el avance de cultivos comerciales como el azúcar, el algodón y el henequén.

No fueron aquellos mayas convertidos, desde hacía tiempo, en siervos de las haciendas quienes se rebelaron; fueron los campesinos de comunidades hasta cierto punto "libres", que estaban perdiendo sus tierras, que se estaban convirtiendo en peones de las plantaciones y que, además, estaban siendo utilizados como carne de cañón en las pugnas políticas entre federalistas y centralistas. La respuesta de estos mayas fue una rebelión que asoló la Península durante más de 50 años, que transformó la geografía política peninsular, que involucró a varios gobiernos extranjeros y dio a los rebeldes el control absoluto, durante varios decenios, de toda la región oriental.

Sólo así, entendiendo esto, podemos comprender el odio profundo entre esas dos "castas" en pugna y también las medidas extremas a las que llegaron los yucatecos, la mayoría de ellas infructuosas ante la fuerza que les oponían los rebeldes. La venta de indios mayas a Cuba fue una de estas medidas, la cual sólo castigaba y condenaba, eventualmente, a muerte a los rebeldes —aunque se pretendiera lo contrario— sino que intentaba despojar poco a poco del elemento indígena a la Península y, encima de todo, constituía un negocio que redituaba grandes beneficios.

En el segundo capítulo, el autor aborda la gran cuestión que enfrentaba el gobierno yucateco en los momentos más álgidos de la guerra: ¿qué hacer con los indios? Conocemos así la manera en la que se fue configurando una ideología que explicaría y justificaría la venta de mayas a Cuba y que respaldaría la legislación que se fue emitiendo de acuerdo con el desarrollo y las necesidades de tal comercio.

Lo más relevante de este capítulo, a mi juicio, es la manera en que la guerra de castas pone en evidencia lo que Javier Rodríguez

Piña llama la “ausencia de una política consistente” sobre los indios, tanto en el bando liberal como en el conservador, así como la inestabilidad política que reinaba en el país. A fin de cuentas, y a pesar de sus ideologías, liberales y conservadores acaban por coincidir en que la única solución al problema de los levantamientos indígenas es la represión y el exterminio de este grupo. Destaca especialmente la incongruencia entre los derechos y libertades proclamados por la Constitución federalista de 1825 y la realidad: no sólo en cuanto a las opiniones de los liberales sobre los indios —que van desde las reacciones viscerales de Justo Sierra O’Reilly, que calificó a los indios de “raza maldita”, de feroces salvajes, bárbaros, incivilizados y traidores, hasta las opiniones de José María Luis Mora, quien desde luego favoreció la expulsión de los mayas del país en pro de un blanqueamiento de la raza—, sino también con respecto a la situación en la que los indios vivían, que no había cambiado mucho con la independencia, pues en muchos casos, había empeorado.

Como bien apunta el autor, las diferencias ideológicas entre liberales y conservadores desaparecieron frente al “enemigo común” de ambos, es decir, los indios levantados. No se buscaron más opciones que las de reprimirlos, exterminarlos o expulsarlos del país, además del ofrecimiento de la soberanía de Yucatán a potencias extranjeras por parte del gobierno yucateco y de la posibilidad de traer inmigrantes extranjeros para repoblar la zona.

Me parece oportuno señalar aquí que el propio Andrés Quintana Roo, a quien se cita diciendo que “sólo la espada podía mantener [a los indios] en la sumisión y dependencia”, es honrado como un gran héroe en un estado que lleva su nombre y que fuera creado como territorio federal en 1902, con el propósito de poner fin efectivamente a la guerra de castas y de exterminar a los mayas rebeldes, cuyos descendientes constituyen, en la actualidad, el núcleo más importante y numeroso de su población. Una más de las incongruencias de las que se nutre el enfoque oficial con nuestra historia.

En el capítulo tercero, nos encontramos con lo que, a mi juicio, constituye uno de los aportes principales de la obra: la situación de la industria azucarera cubana desde principios del siglo XIX y las condiciones en las que dicha industria evolucionó hasta llegar a necesitar y promover la utilización de mano de obra indígena en las plantaciones de caña. Es interesante ver cómo llega un momento en el que se conjuntan los deseos de la sociedad yucateca, y hasta cierto punto mexicana, de deshacerse de los mayas rebeldes,

con las necesidades de mano de obra de una industria azucarera en auge, que ya no podía utilizar esclavos africanos y opta por importar indios.

El autor conoce ampliamente la historia de Cuba, en especial su historia decimonónica, como lo atestiguan las obras que ha publicado al respecto dentro de las colecciones del Instituto Dr. José María Luis Mora.<sup>3</sup> Por eso, los hechos descritos y analizados en el libro que hoy nos ocupa se ven sensiblemente enriquecidos por este capítulo. La situación económico-productiva cubana es un elemento que no aparece con tanta claridad en los trabajos de otros autores sobre el tema del tráfico de mayas a la isla y que, evidentemente, resulta fundamental para entender las causas y el desarrollo de este comercio.

Asimismo, tal como concluye el autor, cabe destacar el papel que los mayas desempeñaron en la transformación de la mano de obra en Cuba, como mano de obra intermedia entre la esclava y la libre. Podemos así reflexionar sobre la manera en que se conjuntó, en Cuba y en Yucatán, el abuso despiadado de esclavos negros y mayas por el hombre blanco, dentro de un sistema económico basado en un producto comercial de importancia internacional. La historia del azúcar está llena de situaciones como ésta, de explotación y represión, de crueldad y muerte, de rebeliones y resistencia, de destrucción de plantíos y de ingenios.

Finalmente, el capítulo cuarto se refiere a lo que fue en concreto el productivo negocio de la venta de mayas a Cuba, mayas que no eran los rebeldes —puesto que éstos difícilmente se dejaban atrapar en las inhóspitas selvas del este— sino trabajadores agrícolas de las haciendas o servidores personales, y que eran literalmente secuestrados para cumplir lo pactado entre yucatecos y cubanos. El comercio de estos indios —reducidos prácticamente a la esclavitud, bajo la apariencia de un contrato asalariado firmado libremente y en condiciones ventajosas de trabajo— llegó a producir tantas ganancias que el gobierno yucateco ya no se tomaba la molestia de vender prisioneros de guerra sino a todo aquel desafortunado maya —hombre, mujer o niño— que caía en poder de los traficantes.

<sup>3</sup> Javier RODRÍGUEZ PIÑA: *Cuba, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - Universidad de Guadalajara, Alianza Editorial, 1988, 172 pp. y *Cuba, textos de su historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - Universidad de Guadalajara, Nueva Imagen, 1988, 2 volúmenes.

La obra presenta con claridad las cuatro etapas por las que pasó el tráfico de indios a Cuba: los años de 1848 y 1849, cuando se expidió el decreto de expulsión de los rebeldes y se enviaron los primeros grupos mayas a la isla; los años de 1849 a 1853, cuando el gobierno del centro intentó, sin éxito, detener el tráfico, poniendo en duda las facultades soberanas de Yucatán para realizarlo; los años de 1853 a 1857, cuando el tráfico se llevó a cabo en gran escala, propiciado y apoyado abiertamente por Santa Anna, y los años de 1857 a 1861, cuando llegó a su máximo apogeo y crudeza, para ser luego disuelto definitivamente por el gobierno de Juárez.

Vale la pena destacar, entre otros aspectos, la contradicción en que empezó a entrar el negocio de vender mayas en Cuba, con relación a las cambiantes necesidades económicas de la Península. En la etapa final, se empezaron a escuchar las voces de algunos hacendados yucatecos que protestaban porque su propia mano de obra era secuestrada y vendida en Cuba. Asimismo, la creciente producción henequenera, en la que se había polarizado la economía de Yucatán, empezaba a requerir de más mano de obra, misma que se hallaba muy disminuida por los estragos de la guerra. Tal vez, el verdadero final de este comercio haya estado determinado, como afirma Javier Rodríguez Piña, por la divergencia de intereses que empezaron a darse entre los hacendados yucatecos y los plantadores cubanos. Por un lado, en Yucatán, ya no había que deshacerse de indios mayas, puesto que eran potenciales trabajadores del henequén. Por otro, en Cuba, las condiciones de la industria azucarera demandaban cada vez más mano de obra libre, además de que coolíes chinos, emigrados en gran número a la isla, habían hecho innecesaria la introducción de indios mayas.

No obstante esta realidad económica, hay que destacar la actitud del gobierno juarista, que el autor califica, con justicia, de honorable. Gracias al esfuerzo de Juárez, quien se apoya en un documento que me parece de gran fuerza, escrito por Melchor Ocampo, así como en los informes y sugerencias del general Juan Suárez y Navarro, la venta de mayas a Cuba fue finalmente detenida. En pocas palabras, Juárez despoja a Yucatán de la posibilidad de actuar por su cuenta, y un dato interesante es que Maximiliano ratifica dicho decreto.

El autor nos presenta sus conclusiones en el epílogo de la obra, afirmando que dos momentos específicos en el desarrollo económico de Yucatán marcaron, primero, el auge de la venta de mayas a Cuba y, luego, la desaparición del negocio. Como bien afirma, el henequén desempeñó un papel determinante, pues su produc-

ción resultaba más redituable que el tráfico de mayas y precisamente requería esta mano de obra.

Estoy de acuerdo hasta cierto punto. Para mí, la propia guerra de castas fue el elemento determinante, en última instancia, de estos hechos: por una parte, el avance de las plantaciones azucareras sobre las comunidades mayas del distrito de Tekax es la causa fundamental de la guerra, mas no la causa de su expulsión y venta a Cuba. No creo que éstas se concibieran como un "derecho de conquista" en el avance hacia las tierras indígenas. La expulsión está directamente ligada con el terror que la ofensiva maya había desatado entre los yucatecos, que vieron su ciudad capital seriamente amenazada, otras poblaciones arrasadas, sus familias masacradas y sus bienes destruidos. El pánico de un ataque por parte de los indios existía, tal como lo refleja un manifiesto del municipio de Hopelchén citado en la obra, y la solución era vaciar la Península de ese elemento peligroso y destructivo. De hecho, el odio racial que la guerra desató se refleja en la coincidencia de actitudes en ambos bandos: tanto los yucatecos como los mayas pretendían la expulsión y el exterminio del bando contrario. Los mayas optaron por recluirse en las selvas orientales y presentar un frente de batalla constante que los yucatecos jamás lograron vencer.

Por otra parte, a mi juicio, la guerra de castas transforma los espacios productivos de la Península, al arrasar con prácticamente todas las plantaciones azucareras. El distrito de Tekax acabó convirtiéndose en una tierra de nadie, en la frontera de la guerra, en un reguero de pueblos destruidos que nadie quería ir a poblar, a pesar de los incentivos que ofrecía el gobierno yucateco. La zona oriental quedó en manos de los rebeldes, es decir, la zona con más recursos, con más posibilidades para la agricultura comercial. A los yucatecos les quedó únicamente el noroccidente, lo más árido, especialmente después de la separación de Campeche, donde el cultivo natural es el henequén. Fue la única alternativa benéfica que los mayas rebeldes les dejaron y de la cual, por supuesto, los yucatecos supieron sacar provecho.

El tema de la venta de indios mayas a Cuba durante la guerra de castas resulta fascinante y revelador. Me pareció interesante el hecho de que una vez más se demuestra la supremacía guerrillera de los mayas rebeldes sobre sus enemigos blancos; su fortaleza y organización, obligando a los yucatecos a secuestrar a mayas pacíficos para llevar a cabo su siniestro negocio.

Relevante es también la participación de Gran Bretaña en el asunto, ya que hay que tomar en cuenta que no sólo le interesaba

acabar con el comercio esclavista sino que sus súbditos en Belice eran los más importantes aliados y suministradores de armas de los mayas rebeldes. No hay que olvidar que, desde los inicios del tráfico, el superintendente de Honduras Británica, Charles Fancourt, mandó secretamente aviso a los mayas del peligro que corrían de ser enviados a Cuba en calidad de esclavos, si eran hechos prisioneros. Así, las derivaciones internacionales y diplomáticas de la guerra de castas ameritan un libro en sí mismas.

Vale la pena destacar también que muchas y muy complejas relaciones se dieron entre Yucatán y Cuba en el siglo XIX, siendo una de ellas la que ocupa la atención de esta obra. Sin embargo, quedan aún muchos temas por investigar, no sólo por lo que respecta a las relaciones de tipo económico —comercio y pesca, básicamente— sino también, por lo que se refiere a la emigración de yucatecos hacia la isla y de cubanos hacia la Península, así como a la ayuda en pertrechos que Cuba dio al gobierno de Yucatán para sus campañas contra los rebeldes y a los intercambios de tipo cultural a través del tiempo.

El autor nos deja con la duda de qué pasó con aquellos mayas que fueron llevados en calidad de esclavos a Cuba. Por lo pronto, sabemos que ninguno regresó a la Península; se desconoce en qué condiciones vivieron y trabajaron en la isla, aunque González Navarro describe algunos casos verdaderamente patéticos, de castigos y abusos físicos. La respuesta se debe encontrar en una investigación más profunda en los archivos cubanos, que será necesario realizar para conocer el desenlace final de esta historia. Por el momento, la obra de Javier Rodríguez Piña nos pone sobre una muy buena pista.

Lorena CAREAGA VILIESID  
*Universidad de Quintana Roo*